

**Preliminaries to the “Dictator Novel”
in the Romantic Essay *Facundo* by D. F. Sarmiento**

**Préliminaires au «roman du dictateur»
dans l’essai romantique *Facundo* par D. F. Sarmiento**

**Prenotandos a la «novela del dictador»
en el ensayo romántico *Facundo* de D. F. Sarmiento**

**Preliminarii la „romanul dictatorului”
în eseul romantic *Facundo* de D. F. Sarmiento**

Alina ȚIȚEI

Universitatea “Alexandru Ioan Cuza”, Iași, Facultatea de Litere
Departamentul de Limbi Clasice, Italiană și Spaniolă
B-dul Carol I, Nr. 11, 700506
E-mail: alina83titei@yahoo.com

Abstract

*The almighty authoritarian figure, portrayed by Hispanic American literary Romanticism, is a 19th century history-rooted entity relying on the Argentine despot Juan Manuel de Rosas as a reference point. He appears like a violent, cruel, inhuman, cold, calculated, callous, and barbaric creature that symbolizes the strong, abusive, even demonic side of the Romantic universe. Therefore, Sarmiento’s classic book *Facundo* (1845) - a politically subversive and protesting text - deals with the problem in deterministic terms, whereas the dictatorial character is intrinsically linked to the geographical environment and national history alike, contemplating a world of antagonisms where the despot, a product of the conflict between civilization and barbarism, embodies the ultimate malignancy.*

Resumé

*La figure autoritaire toute-puissante, représentée par le Romantisme littéraire hispano-américain, est une entité du 19^{ème} siècle, enracinée dans l’histoire, et qui a comme point de référence le despote argentin Juan Manuel de Rosas. Il apparaît comme une créature violente, cruelle, inhumaine, froide, calculée, impitoyable et barbare, qui symbolise la facette forte, abusive, même démoniaque de l’univers romantique. Par conséquent, le livre classique *Facundo* de Sarmiento (1845) - un politiquement subversif et protestataire texte - traite ce problème en termes déterministes, tandis que le personnage dictatorial est intrinsèquement lié à l’environnement géographique et l’histoire nationale tout à la fois, en contemplant un monde de contradictions où le despote, un produit du conflit entre la civilisation et la barbarie, incarne la malignité au suprême degré.*

Resumen

La todopoderosa figura autoritaria, retratada por el Romanticismo literario hispanoamericano, es un ser decimonónico enraizado en la historia, que tiene al despota argentino

Juan Manuel de Rosas como punto de referencia. Este aparece presentado como una criatura violenta, cruel, inhumana, fría, calculadora, despiadada y salvaje, que simboliza la vertiente fuerte, abusiva, incluso demoníaca del universo romántico. Luego, Facundo (1845), el libro clásico de Sarmiento - un texto políticamente subversivo y protestatario - trata el problema en términos deterministas, en tanto que el personaje dictatorial está intrínsecamente vinculado lo mismo al medio geográfico que a la historia nacional, contemplando un mundo de contradicciones donde el déspota, fruto del conflicto entre civilización y barbarie, encarna la malignidad en sumo grado.

Rezumat

Figura autoritară atotputernică, înfățișată de romantismul literar hispano-american, este o entitate de secol XIX cu rădăcini istorice, ce îl are drept referent pe despotul argentinian Juan Manuel de Rosas. Acesta apare prezentat ca o creatură violentă, crudă, inumană, rece, calculată, insensibilă și barbară, simbolizând extrema puternică, abuzivă, chiar demonică a universului romantic. Astfel, Facundo (1845), opera clasică a lui Sarmiento - un text subversiv și protestar cu caracter politic - tratează problema în termeni determinați, în vreme ce personajul dictatorial este asociat intrinsec mediului geografic și istoriei naționale deopotrivă, contemplând o lume de antagonisme în care despotul, produs al conflictului civilizație-barbarie, întrupează malignitatea supremă.

Keywords: caudillo, Juan Manuel de Rosas, civilization, barbarism, hero

Mots-clés: caudillo, Juan Manuel de Rosas, civilisation, barbarie, héros

Palabras claves: caudillo, Juan Manuel de Rosas, civilización, barbarie, héroe

Cuvinte cheie: caudillo, Juan Manuel de Rosas, civilizație, barbarie, erou

El ensayo como género literario surge en el panorama de las letras hispanoamericanas en el siglo XIX y adopta en su momento una perspectiva sociopolítica, relacionándose, al principio, con los avatares de la lucha por la emancipación nacional y, más tarde, con aquellos tocantes a la creación de las nuevas repúblicas. En un contexto así, era natural que el tema de la dictadura y el dictador formara parte de los inicios del género y ocupara un lugar significativo en su evolución posterior. La configuración literaria de la problemática dictatorial ha generado tres tipos de ensayo: romántico, psicológico y sociológico.

El ensayo hispanoamericano de corte romántico corresponde a la producción de mediados del siglo XIX y se centra principalmente en la figura del dictador argentino Juan Manuel de Rosas (1793-1877). La visión romántica contempla al dictador como a un personaje cuya ambición y sed de poder son inherentes a su naturaleza. Esta ambición, unida a ciertos factores históricos y naturales, contribuye decisivamente a que Rosas realice su sueño de convertirse en déspota. El ejemplo clásico del género lo constituye *Facundo* (1845), obra maestra de la personalidad política y literaria Domingo Faustino Sarmiento, un ensayo con claros tintes de novela que, además de pertenecer a la corriente romántica, es igualmente una aproximación sociológica *avant la lettre* al fenómeno de la dictadura.

Este destacado ensayo románticista combina diestramente la expresión del sentimiento personal con el intento de comprensión racional del fenómeno dictatorial. Consecuente con el espíritu desprovisto de limitaciones de la estética romántica, la obra aúna el panfleto político, el poema en prosa, la novela, el estudio sociológico y la síntesis histórica para describir, con fuerza y profundidad artística, la realidad llena de violentas contradicciones de Argentina; por lo tanto, el ensayo, más allá de su valor histórico o sociológico, se convierte en un fiel reflejo artístico de la época. Sarmiento enfoca dos aspectos: uno más genérico, respectivamente la aparición del caudillismo hispanoamericano, y otro más específico, que supone denunciar la tiranía de Juan Manuel de Rosas y demostrar la imperiosa necesidad de unas profundas reformas democráticas. Su

tesis consiste en presentar la realidad como oposición entre *civilización y barbarie*; más aún, la dictadura y el caudillismo son definidos como el triunfo de la civilización sobre la barbarie. Apoyado en los ejemplos de la realidad histórica de su país, Sarmiento intenta acreditar que el poder dictatorial de Rosas es ilimitado y que su liderazgo omnipotente ha superado la ahora obsoleta división entre unitarios y federales. El autor defiende la idea de que el gobierno de Rosas ha llegado a un grado de autonomía total con respecto a las tendencias políticas e ideológicas del país y concluye que el dictador y su régimen son los únicos responsables de la situación lamentable que padece la nación. Sarmiento crea un monstruo como enemigo tangible de su cruzada civilizadora y refuerza la convicción de que hombres como Facundo, gauchos de las vastas extensiones de la pampa, son los que, con su apego a las formas tradicionales de vida, frenan el progreso de la sociedad argentina. Para el autor, el progreso está necesariamente asociado a un esfuerzo consciente y programático de transformar la composición étnica de la población y, consiguientemente, educarla en el espíritu de los más elevados principios de la moral social de la época, los principios de Europa y de la América anglosajona. Pero tal programa solo sería viable si el estilo de vida retrógrado de los habitantes de la pampa desapareciera ante el empuje de la educación y la cultura de raigambre europea. La imagen de una Argentina culta, amante del progreso y dispuesta a aplicar las normas civilizadas de la vida política, es una manifestación viva del liberalismo que Sarmiento comparte con sus congéneres. El ensayo reúne numerosos datos históricos, geográficos, científicos, filosóficos y artísticos que vienen a probar la tesis central, ya que la intención última del autor es convencer a los potenciales lectores de que el deber primordial de todo ciudadano es contribuir a derrocar el régimen dictatorial.

El título original del ensayo - *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* - se hace eco de la dimensión tripartita del texto: descriptiva, biográfica y sociopolítica, que se corresponden con las tres partes de la obra. La primera parte (capítulos I-IV) - un panorama de la sociedad y la cultura argentinas - describe la geografía del país, evidenciando algunas características del orden social y económico, resultadas a raíz de los factores naturales, y retrata los tipos humanos que habitan las infinitas extensiones de la pampa: *el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor*. En la segunda parte (capítulos V-XIII), se relata la historia de Facundo Quiroga, su ascensión sin escrúpulos de la posición de simple gaucho de La Rioja a la de temido caudillo de su región, su transformación en el aliado del dictador y, por último, su asesinato a manos de los esbirros de Rosas, quien había empezado a mostrarse muy preocupado por la creciente influencia que venía adquiriendo Facundo. La tercera y última parte del ensayo (capítulos XIV-XV) - interesante en la medida en que da a conocer la postura política, al igual que algunas de las ideas del escritor - es un alegato contra el régimen dictatorial de Argentina, mediante el cual Sarmiento busca además revelar el papel desempeñado por Rosas en la eliminación de Facundo.

Típico caudillo hispanoamericano, prototipo de la barbarie feudal y la bestialidad, Facundo Quiroga representa el producto de la inevitable confluencia de dos culturas, «dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas: la una, española, europea, culta, y la otra, bárbara, americana, casi indígena» [2]. La revolución argentina, «la guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, contra los españoles» [3], constituyó, según el autor, solo un pretexto para que estas dos maneras distintas de ser de un mismo pueblo se pusiesen una delante de la otra, se enfrentasen y, finalmente, tras largos años de lucha, la una absorbiese a la otra. Además del choque cultural, para Sarmiento un papel fundamental en la conformación de la conducta humana lo desempeña la geografía en la que el individuo se desenvuelve: Facundo Quiroga no es un simple caudillo, sino una manifestación de la existencia misma de Argentina, con sus características peculiares. En este caso, el determinismo geográfico es absoluto. De origen humilde, nacido y criado en el corazón de la pampa, Facundo es como un tigre, violento y sanguinario incluso desde su infancia. Su barbarie es de tipo instintivo; su comportamiento responde a sentimientos ocultos que no está en capacidad de dominar. Personificación de la vitalidad, la astucia, el poder y la

barbarie, teniendo como única ley el capricho o sus impulsos subjetivos y gobernando con una atrocidad terrible, independientemente de la bondad, la justicia o la civilización más elemental, él es sencillamente un asesino salvaje cuya naturaleza se expresa incluso en su apariencia exterior. Su descripción física y moral, confirmada por los retratos de la época, se vuelve útil y hasta necesaria tanto para rematar su perfil, como para entender mejor el complejo andamiaje que hábilmente había fabricado y los mecanismos de poder que utilizaba a su antojo: «[...] Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre un cuello corto, una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara, un poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados, para descubrir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes, alguna vez, llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada y miraba por entre las cejas [...] Por lo demás, su fisonomía era regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien a las sombras espesas en que quedaba encerrada. La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar [...] Cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático;...dominando todo lo que se le acerca y distribuyendo puñaladas... la pasión del juego, la pasión de las almas rudas...una pasión feroz, ardiente, que le resacaba las entrañas...domínalo irresistiblemente [...] el alma rebelde de Quiroga no podía sufrir el yugo de la disciplina, el orden del cuartel, ni la demora de los ascensos. Se sentía llamado a mandar, a surgir de un golpe, a crearse él solo, a despecho de la sociedad civilizada y en hostilidad con ella, una carrera a su modo, asociando el valor y el crimen, el gobierno y la desorganización» [4].

«Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras: la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía, y sus miradas se convertían en puñaladas. [...] En todos sus actos mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido y sin carecer de elevación de miras. Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusivo, dominante, hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida a producir el terror en torno suyo, sobre los pueblos como sobre los soldados, sobre la víctima que iba a ser ejecutada, como sobre su mujer y sus hijos. En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo y la abnegación; ignorante, rodeábase de misterios y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común y de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos que le daba prestigio y reputación entre las gentes vulgares» [5].

De hecho, las excepcionales dotes que caracterizaron su juventud se verían plenamente reflejadas en su trayectoria política, marcada por un sinfín de horrores y atrocidades que simbolizaban los conflictos específicos no solo de Argentina, sino de todo el espacio hispanoamericano, plasmados en las dicotomías civilización-barbarie, libertad-despotismo, urbanidad-ruralidad, Europa-América. A Quiroga se le puede considerar sin lugar a dudas el argentino auténtico, el ejemplo perfecto del gaucho malo, personificación del atraso y la desesperación que respiraba Argentina, donde el caudillismo estaba también representado por otro símbolo: Juan Manuel de Rosas, cuya reputación de político sagaz y astuto, con un estilo de liderazgo autoritario, lo hizo más conocido en el mundo que a Bolívar o Washington. Bárbaro sin sentimientos, encarnación de la maldad y la bestialidad, Facundo sigue siendo retratado como un hombre de talento, fuerte y valiente, con muchas cualidades innatas, buen conocedor de la psicología humana y de la naturaleza: «Quiroga poseía esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne, el genio de la Francia, y del mameluco oscuro que se batía con los franceses en las Pirámides, el virrey de Egipto. La sociedad en que nacen da a estos caracteres la manera especial de manifestarse: sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad

civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son, en otras, su mancha, su oprobio» [6].

Sin embargo, él no es sino un pálido reflejo del dictador que Sarmiento denosta en la tercera parte del libro –puesto que los rasgos primitivos del caudillo cobran todavía más fuerza en la persona de Rosas, a través del cual Facundo se está perpetuando: «[...] su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin. La naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambiándose en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo, como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre, que ha aspirado a tomar los aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas» [7].

La represión, la persecución política o el asesinato no son fruto de meros impulsos, sino acciones que derivan de la capacidad de tomar decisiones de un déspota plenamente consciente de sus actos. Si en Facundo Quiroga las acciones inciviles se originan en su natural estado de barbarie, en Rosas estas son cuidadosamente planeadas y dirigidas. En Quiroga, la barbarie es parte de su naturaleza; en Rosas, es producto de su incipiente civilización. Por lo tanto, para Sarmiento, todo pertenece a un intrincado sistema de determinaciones geográficas y sociales. Su esfuerzo por resaltar las virtudes físicas y morales fuera de lo común de los habitantes de la pampa - gente como Facundo Quiroga, Juan Manuel de Rosas o Santos Pérez, el asesino de Facundo, verdaderos símbolos de la barbarie, la violencia, la bestialidad o el mal - en evidente contraste con sus hechos criminales, no es más que una modalidad de enfatizar el carácter esencialmente dañino de la organización social, que transforma a semejantes personas especiales en seres que inspiran repugnancia y aversión.

A través de este ensayo, Sarmiento emprende un análisis pertinente de la historia, las costumbres y el paisaje de Argentina, sin olvidar, no obstante, manifestar su hondo desprecio por el dictador cuyo régimen lo había llevado al exilio: «Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; [por] Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo» [8]. Según su modo de ver, la civilización está representada por Europa, América del Norte, la sociedad urbana, los unitarios, el general Paz y Rivadavia, en tanto que la barbarie está simbolizada por América Latina, España, Asia, el Medio Oriente, la sociedad rural, los federales, Facundo y Rosas. La dualidad civilización-barbarie, como expresión de uno de los conflictos medulares de la cultura hispanoamericana, cobra visos de una polémica que inició en la época colonial y se ha prolongado hasta hoy día. En el siglo XIX, por ejemplo, tomando como punto de partida este tema, presente en numerosas obras literarias o científicas, Thomas Carlyle habla de los distintos modelos de héroes e hipóstasis de lo heroico desde una perspectiva universal-comparatista. Para el autor escocés, los grandes hombres constituyen el foco central de la historia y, dada la inestabilidad política de la época, así como la estéril búsqueda de soluciones concretas y efectivas, el culto al héroe se vuelve una tendencia natural. En su opinión, los héroes revisten varios tipos: dios, profeta, poeta, sacerdote, hombre de letras y rey, siendo el último la quintaesencia de las categorías anteriores, debido a que él es «aquel a cuya voluntad deben someterse y aceptar legalmente los demás» [9]. El gobierno del héroe es preferible a cualquier otra forma de gobierno, puesto que los héroes a quienes remite Carlyle tienen una personalidad excepcional y desempeñan cargos igualmente excepcionales. El autor lanza el siguiente consejo: «Si logramos hallar en un país cualquiera el hombre más Capaz existente en él y lo elevamos al supremo sitio reverenciándolo lealmente, obtendremos el gobierno perfecto, pues ni las urnas electorales, elocuencia parlamentaria, sufragios, constitución, ni otro mecanismo, podrán perfeccionarlo. *Más Capaz* quiere decir de corazón más sincero, justo y noble» [10]. Así, los verdaderos héroes no necesitan adoptar un tono declamatorio, ni tampoco manifestar su ambición o sus deseos de grandeza. Ellos son los hombres silenciosos de la historia, los que piensan en silencio, que laboran en silencio, que viven en «el gran Imperio del Silencio» [11] –el paraíso político de Carlyle, a juzgar por sus palabras.

Parece, sin embargo, que en la América Latina del siglo XIX y, como se vería, mucho menos en la del siglo XX, este modelo heroico no encontró su caldo de cultivo para instalarse y echar raíces. Todo lo contrario, los líderes que estuvieron al frente de los países hispanoamericanos durante ese período demostraron con su actitud pública y con cada una de sus decisiones y acciones políticas que eran indudablemente la prueba viva del antimodelo, exactamente el opuesto a lo que Carlyle proponía como suma de principios del gobernante-héroe. Para todos ellos, ya fueran caudillos, dictadores, déspotas o tiranos, virtudes como la modestia, la templanza o la discreción no representaron en absoluto la clave del éxito como líderes políticos. Y quizás el aspecto más revelador en este sentido lo constituye el culto a la personalidad que llegaron a practicar a veces hasta niveles paranoicos.

Así, de manera consciente o no, el líder busca siempre proporcionar a la población sumisa una base moral e intelectual en la que apoyarse y que justifique al mismo tiempo su lealtad, ya que no obvia el hecho de que, en defecto de unos fundamentos tradicionales, no puede gozar de la fidelidad del pueblo en función únicamente de los intereses económicos o del poder de coacción. Y es de aquí de donde surge precisamente la propensión de un caudillo a exaltar sin límites su propia personalidad, tanto más cuanto que su origen humilde y la ausencia total de una tradición familiar lo lleva a creer en la necesidad de convencer a los demás de la trascendencia de su persona y la excepcionalidad de su carácter. Con este fin, el líder recurre a todo lo que podría impresionar, incluso conmocionar, la imaginación popular: los gestos teatrales, el uniforme suntuoso, los monumentos grandiosos, las apariciones públicas espectaculares, para grabar en la mente de sus ciudadanos la imagen ideal de un superhombre, siendo conocido el hecho de que las representaciones mentales que un personaje (o acontecimiento) produce en la conciencia de las masas son susceptibles de constituirse en objeto de grandes transformaciones bajo el influjo profundo de las emociones.

En resumidas cuentas, *Facundo*, obra de referencia de la literatura romántica hispanoamericana, es una ilustración elocuente de la concepción del autor respecto de las fuerzas reaccionarias y progresistas de la Argentina de su tiempo y una denuncia vehemente de la relación que existía entre las formas feudales de vida y la propagación de las sangrientas dictaduras en América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX.

Referencias bibliográficas

[1] Domingo Faustino Sarmiento Albarracín (1811-1888), escritor, docente, pedagogo, publicista y político, uno de los artífices de la Argentina moderna. Personalidad política compleja (diputado, senador, jefe del Departamento de Escuelas y gran reformador del sistema educativo, gobernador de la provincia natal, primer ministro, ministro del Interior, ministro plenipotenciario en Chile, Perú y Estados Unidos, y el séptimo presidente de la República Argentina), es asimismo el más original y prominente escritor romántico de América Latina. Integrante del grupo de jóvenes intelectuales miembros de la así llamada «Generación de 1837» («Generación de Mayo», «Generación de los románticos» o «Generación de los proscritos»), cuyos principales exponentes fueron, junto con él, Esteban Echeverría y Juan Bautista Alberdi. Las ideas políticas promovidas, sobre todo mediante su producción literaria, dejan entrever la influencia del romanticismo inglés y francés, pues uno de los principios que estos escritores defendieron fue el distanciamiento de la tradición literaria española. Los escritos de Sarmiento reúnen cincuenta y un volúmenes, entre ellos biografías, cuentos, apuntes de viaje, trabajos pedagógicos y sociológicos, artículos políticos, sociales y dramáticos, cartas, etc. Mencionamos algunos títulos de su extensa obra: *Mi defensa* (1843), *Facundo o Civilización y Barbarie* (1845), *Viajes por Europa, África y América* (1849), *Educación popular* (1849), *Recuerdos de provincia* (1850), *Campaña del ejército grande* (1852), *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883), *La vida de Dominguito* (1886), etc.

[2] SARMIENTO, D. F., *Facundo*, edición digital, www.elaleph.com, 1999, p. 60.

[3] SARMIENTO, D. F., *Op. Cit.*, p. 66.

[4] *Ibid.*, passim.

[5] *Ibid.*, p. 86.

[6] *Ibid.*, p. 78.

[7] *Ibid.*, p. 6.

[8] *Ibid.*, p. 6.

[9] CARLYLE, T., *El Culto de los Héroes*, edición digital, 2006, <http://www.scribd.com/doc/17756952/Carlyle-Thomas-El-Culto-de-Los-Heroes>, p. 142.

[10] CARLYLE, T., *Op. Cit.*, pp. 142-143.

[11] *Ibid.*, p. 160.

Bibliografía:

CARLYLE, Thomas, *El Culto de los Héroes*, edición digital, 2006, <http://www.scribd.com/doc/17756952/Carlyle-Thomas-El-Culto-de-Los-Heroes>.

GARCÍA, Juan Carlos, *El dictador en la novela hispanoamericana*, Universidad de Toronto, 1999, http://www.collectionscanada.gc.ca/obj/s4/f2/dsk1/tape9/PQDD_0017/NQ45793.pdf.

OVIEDO, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

PĂCURARIU, Francisc, *Scriitori latino-americi*, București, Editura pentru Literatură Universală, 1966.

SARMIENTO, Domingo Faustino, *Facundo*, edición digital, www.elaleph.com, 1999.

